

SAN CARLOS BORRAMEO

**HOMILIAS
EUCARISTICAS
Y
SACERDOTALES**

**Serie
Grandes Maestros
N.º 7**

**EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ RECAREDO, 44
41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com**

Con licencia eclesiástica
ISBN: 978-84-7693-204-9
Depósito legal: M. 50.297-2007
Impreso en España - Printed in Spain
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

1

EN LA CENA DEL SEÑOR DURANTE EL LAVATORIO DE PIES EN EL CAPITOLIO

**Homilía pronunciada sobre el cap. 13
del Evangelio según S. Juan
27 de marzo de 1567**

La condición de los cristianos es tan digna de lástima y el estado de la religión cristiana ha quedado ya reducido a tal miseria, que a menudo la gente se asombra más de uno que hace su deber que de quien lo omite. Hay muchos, ¡ay! que consideran hipócrita a quien se esfuerza por profesar una vida santa, por seguir el ejemplo de los santos, por seguir el ejemplo de Cristo. Uno de tales ejemplos, oculto ya en muchos otros acontecimientos, nos lo ha dejado en el Lavatorio de los pies, que los santos y el Señor de los santos han practicado con singular humildad, dejándonos un testimonio maravilloso y proponiéndonos un misterio profundísimo.

Comenzaré desde los tiempos más remotos. Cuando Abrahán, nuestro gran patriarca, iba a dar hospitalidad a los Angeles de Dios manifestados en forma humana, no pudo expresar mejor su voluntad y su amor hacia ellos

que lavándoles los pies (Gn. 18, 4); lo mismo hizo Lot, el hijo de su hermano (Gn. 19, 2); y el Señor, en el Evangelio, reprochó a Simón como falta de delicadeza, que no le había ofrecido agua para lavarse los pies a Él al entrar en su casa (Lc. 7, 44).

El apóstol Pablo no quería que fueran añadidas al número de las viudas las que no tenían la costumbre de lavar los pies a los Apóstoles (1 Tm. 5, 10). El lavatorio de los pies, de hecho, no es sólo signo de humildad, sino también indicio de verdadera piedad y tiene gran fuerza en la unión de las almas con el amor mutuo. Por esto precisamente, Nuestro Salvador, viendo inminente su Pasión, lavó los pies de todos sus discípulos: en el momento de despedirse de ellos dejó un sublime testimonio y un ejemplo digno de imitar. Después dió el mandato de repetir el gesto: *«Os he dado ejemplo para que como yo he hecho, también hagáis vosotros»* (Ju. 13, 15).

Dejando el resto, debemos meditar diligentemente sobre este hecho y aún más imitar, con el máximo empeño, la humildad de Nuestro Señor. Hallamos tres grados de humildad: el primero es suficiente; el segundo es superfluo; el tercero lleva a la santidad a la perfección. En el primer grado están los que obedecen y veneran a sus superiores. En el segundo, los que están sometidos también a los de igual dignidad. En el tercero, los que no se niegan a servir incluso a los que son sus inferiores.

En todo esto parece evidente que Nuestro Señor se ha manifestado muy humilde y obediente. En efecto, obedecía y se sometía de tal manera al Padre, superior a Él en cuanto a la Humanidad, igual por Divinidad, que puede afirmarse que no hizo otra cosa que su voluntad. Cuánto superó a los hombres, inferiores a Él, en la humildad y capacidad de servicio, parece claro de sus palabras y del relato evangélico: *«No he venido —dice— para ser servido, sino para servir»* (Mt. 20, 28). Y en verdad, si queréis meditar conmigo el Evangelio donde se narra lo que hizo y dijo durante el Lavatorio de los pies, lo que apenas os he sugerido lo podréis encontrar de modo mucho más rico:

«El día previo a la solemnidad de la Pascua...»

Todo lo que se contiene en el misterio de la Encarnación de Cristo nos enseña la humildad más profunda y nos muestra su amor inmenso. Bajó del cielo porque nos ha querido mucho; por nuestro amor se hizo bautizar; ayunó, soportó las tentaciones, sufrimientos, insultos y la muerte; en la Última Cena demostró este amor suyo maravilloso instituyendo el Santísimo Sacramento de Su Cuerpo y los otros piadosos misterios de nuestra Fe. Por lo demás, también el Lavatorio de los pies, de lo que queremos hablaros un poco, nos propone de manera admirable este amor suyo hacia nosotros, y al mismo tiempo, enseña a sus sagrados ministros la modestia del espíritu. Por ello el santo Evangelista dice: *«Jesús, sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin»* (Jn. 13, 1 ss. Todas las demás citas de este capítulo no se señalarán en lo sucesivo). Como si dijera: siempre había mostrado gestos y señales de una predilección singular; ahora no se aparta de esta obra suya, con perseverancia y hasta el fin, con amor sumo y perfecto. El demonio había ya puesto en el corazón de Judas el entregarlo; sin embargo Nuestro Señor, sabiendo que había recibido todo del Padre, que había salido de Él y debía volver a su gloria, no rehusó lavar los pies de los pobres pescadores, como un siervo humilde, y cumplir todo lo que estaba ligado a este oficio.

De este modo se manifestó su sumisión, su modestia y el interés que tiene por nosotros. En efecto, el Señor se levantó de la mesa, mientras los discípulos estaban sentados, dejó sus vestiduras para poder cumplir todo con mayor libertad; se ciñó con una toalla, mostrándose así dispuesto a servir, ayudar y beneficiar. Finalmente derramó el agua Él mismo en la palangana, Él mismo les sirvió con plena humildad, se arrodilló ante los pies de sus siervos. Les lava los pies, tarea que se deja a los hombres menos dignos de consideración. Él sólo lo hace todo: ¡Él solo vierte el agua, Él solo lava, Él solo seca! A todos dió

ejemplo de bondad, a todos ofreció una señal de su amor.

Lavó humildemente los pies a todos; a todos los alimentó con el Sacramento de su Cuerpo: pero no todos sacaron de ello el mismo fruto. Judas, que iba a entregarlo, gustosamente llevaba la caja del Señor, se nutría del mismo alimento que los otros Apóstoles, ofrecía sus pies para ser lavados y deseaba gozar de todos los privilegios con los demás discípulos. Pero ningún sentido de humanidad, ningún beneficio recibido pudieron apartarlo de entregar la Sangre Inocente. La maldad del traidor ha de detestarse y suscita espanto: no fue frenado por el temor de Dios, o por el respeto de la Divina Majestad; ni por la inocencia de su vida, ni por la grandeza de los beneficios recibidos.

Pero aún más sorprendente se muestra la benevolencia del Señor: Él veía y sabía la obstinación del traidor; sin embargo no dejaba de ser benévolo con él e intentaba dulcificar su endurecido corazón con todo tipo de beneficios. Nos ha dejado un ejemplo por el que debemos pedir no desgracias para nuestros enemigos, sino la conversión: debemos tratar de ganarlos, no de perderlos.

Lo que a Judás proporcionó la más dura condena, trajo a Pedro y a los Apóstoles un fruto más saludable: «*Se dirigió también a Pedro...*». Pedro hace tres discursos distintos; tres veces responde el Señor y cada vez adapta su discurso al de Pedro. En primer lugar Pedro, sin comprender interrogaba: «*¿Tú quieres lavarme los pies?*» como si considerara cosa absurda que el Hijo de Dios se arrodillase ante un hombre insignificante para lavarle los pies. Después, movido por la obstinación, dice: «*¡No me lavarás jamás los pies!*». Finalmente, constatando la firme voluntad del Señor, en un movimiento de obediencia, ofrece más de lo que había sido requerido por el Salvador, y dice: «*No sólo los pies, sino también las manos y la cabeza*». Y el Salvador llena la laguna de su ignorancia: «*Lo que hago ahora no lo comprendes; lo comprenderás más adelante*». Como si dijera: tú ignoras el misterio escondido en el gesto del lavatorio de los pies: si lo conocie-

ras no habrías hecho preguntas. Después rechaza decididamente su obstinación: *«Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo»*. Finalmente alaba la fe y la obediencia con la que se somete a la voluntad de su Señor, diciendo: *«Quien está limpio no tiene necesidad de lavarse más que los pies; está todo limpio, y vosotros estáis limpios»*.

De este pasaje podemos sacar una enseñanza: no conviene que los súbditos desprecien obstinadamente los mandatos de los Gobernantes; ni está bien rechazar por modestia lo que ofrecen, aunque parezca inadecuado lo que proponen. Pero también los superiores tienen una enseñanza: deben persuadir a sus súbditos, cuando se opongan, incluso forzándoles, para que reciban la sana enseñanza. Pedro era obstinado en rechazar, pero tan pronto como se dió cuenta de que la palabra del Señor era decidida y resuelta, inmediatamente se sometió: estas dos actitudes nacen de la caridad y del respeto. Según su carácter, por su indignidad y por la majestad del Salvador, Pedro implora que no cumpla en él semejante oficio; en otro lugar ya había dicho: *«Aléjate de mí, que soy un hombre pecador»* (Lc. 5, 8). También el Precursor se había comportado así: *«Yo debo ser bautizado por Ti, y Tú ¿vienes a mí?»* (Mt. 3, 14). Es propio de la persona sabia saber cambiar de parecer, más que resistir obstinadamente en la misma opinión. Por eso es alabada la obediencia de Pedro que, una vez conocida la voluntad del Señor, se somete totalmente a Él. Aquí el Señor nos habla de dos abluciones: la primera es aquella por medio de la cual todo el cuerpo es lavado; la segunda es sólo para los pies. Aquella debe hacerse sólo una vez; ésta debe ser frecuente, porque los pies nunca están suficientemente limpios; se ensucian con frecuencia y rápidamente por el polvo y el barro de cada día: por ello deben lavarse cotidianamente.

Mediante este doble lavado, el del cuerpo y el de sus miembros, se nos enseña que hay dos abluciones espirituales del alma y de sus afectos. El Bautismo, a través del

cual es lavada toda el alma, el hombre es purificado de aquella mancha innata que es el pecado original. No debe ser repetido. Los pies, en cambio, —es decir los afectos del alma— deben ser lavados a menudo, porque cada día volvemos a caer en el pecado: *«En efecto si decimos que estamos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no habita en nosotros»* (1 Jn. 1, 8). Debemos ofrecer estos pies de nuestra alma a Cristo Salvador, para que los lave, intercediendo por nosotros, sin cesar nunca en el cielo, e infunda la gracia por medio del perdón de los pecados mediante el sacramento de la Penitencia.

Y no está carente de ricas enseñanzas de misterio el hecho de que, concluida la Cena Judaica, durante la cual se come el Cordero Pascual, lavó primeramente los pies de los Apóstoles y sólo después instituyó el santo Sacramento de la Eucaristía. Nos enseña cómo nosotros, cada vez que nos aproximemos a la Sagrada Comunión, debemos prepararnos más intensamente de lo que lo hicieron los Judíos cuando comían el Cordero Pascual: se aproximaban al banquete del Cordero sin haberse lavado los pies. Pero esto era sólo imagen y figura. Por el contrario, era conveniente acercarse al tremendo misterio de la Eucaristía habiéndose lavado los pies, es decir habiendo limpiado los afectos del nimo. Y no conviene mostrar a la gente y al exterior devoción, si en el interior, con sinceridad, el alma no se ha purificado por medio de la penitencia.

Por esto, cuando el Redentor afirma: *«No todos están limpios»*, no acusa sólo al traidor Judas, sino a todos los demás, que aún teniendo el nombre de Cristianos, viven de mala manera. Con la lengua se declaran discípulos de Cristo, pero con la vida lo crucifican. En efecto, no es oro todo lo que reluce. También Judas exteriormente tenía los pies lavados y era contado en el número de los discípulos; pero en el interior su ánimo era malvado, hasta el punto de ofrecerse como guía para quienes querían capturar al Hijo de Dios.

«Después que hubo lavado los pies...». Nuestro Salva-

dor ha solido actuar primero y después enseñar, de manera que, al mismo tiempo da ejemplo y funda el comportamiento con su palabra.

Aquí pues nos da un ejemplo de humildad y de amor mediante el lavatorio de los pies de los Apóstoles y enseña que esto no se hace por un vano capricho sino para atraerlos a su imitación: *«Así pues, si yo el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies los unos a los otros. Os he dado en efecto el ejemplo, para que como yo he hecho hagáis también vosotros»*.

Debemos notar tres cosas en las palabras que el Salvador nos ha propuesto. En el mismo Salvador se nos enseña lo que es oportuno que hagamos los Prelados de la Iglesia y los Ministros de Cristo.

En el traidor Judas aprendemos que existen personas que se sientan a la mesa con Cristo en actitud de amistad, comen su pan, exteriormente se declaran discípulos de Cristo; pero en el interior conspiran contra el Señor. Son así quienes quieren aparecer como Cristianos y se hacen ministros de Cristo por los beneficios y las dignidades eclesiásticas: no por un amor tierno, sino por lucro y ambición.

En los Apóstoles se representan aquellos que en su interior ofrecen a Cristo todo afecto interior para que los purifique, de manera que puedan tener parte con Él en el cielo.

Hermanos amados, debemos huir de la doblez y de la maldad de Judas; junto a Pedro ofrezcamos a Cristo, para que los lave, nuestra cabeza, las manos y los pies, es decir las intenciones, las obras y los afectos. Y cuando todo esto haya sido limpiado y lavado por medio de su gracia, sera coronado también por Él en el cielo.

Por lo demás, si queremos considerar un poco lo que se esconde en el misterio de Cristo, lo encontramos expresado por el ministerio perfecto del Apóstol. Se levantó de la Cena Judaica, como conviene a los ministros del Señor dejar la compañía del hombre viejo y la religión ju-

daica y revestirse del hombre nuevo: del conocimiento de la Ley al cuidado atento; del alimento a la fatiga; de la letra al espíritu. Conviene dejar las vestiduras, es decir apartar cualquier obstáculo de la virtud, esforzándose con empeño; ceñirse con una toalla blanca, es decir con la integridad de la vida; tocar el agua de la doctrina que da la salvación, y purificar la vida de los propios súbditos con la sabiduría de la fe, los Sacramentos, los ejemplos. Esto ha hecho nuestro Maestro y Ejemplo, Cristo: debemos hacer del mismo modo.

«El discípulo no es superior al Maestro» (Mt. 10, 24) y no es conveniente que se enorgullezcan los humildes siervos del Señor.

Queridísimos hermanos, me quedo confundido cada vez que comparo mi soberbia, yo que soy polvo y ceniza, con la humildad de mi Señor. Él que es Dios y Señor de los Angeles no se ha negado a servir a los pobres: nosotros a menudo rechazamos ponernos al servicio de quienes son siervos como nosotros. El Hijo de Dios se levantó de la mesa para servir a los servidores que estaban sentados: nosotros consideramos que atenta contra nuestra dignidad si un pobre compañero de servicio, no digo se pone a la mesa con nosotros, sino sólo si se aproxima mientras comemos.

El Creador del cielo y de la tierra lavó los pies a los pobres discípulos: pero, entre nosotros, ¡cuántos preferirían lavarse los pies con vino, antes que dar un vaso de agua fresca a un pobre! Él ha realizado un gesto de humanidad en favor de quien lo entregaba: nosotros negamos nuestro justo servicio incluso a los amigos.

¿Puede decirse o pensarse algo más indigno? El discípulo se niega a hacerse semejante al Maestro, el siervo al Señor, la criatura al Creador, el polvo y la ceniza al Hombre Celestial.

Dejémonos conmover, hermanos, por la incongruencia de esta situación, dejémonos conmover por la humilde sumisión en una Majestad tan grande y humillémonos junto al Señor si queremos ser exaltados con Él. Sirvamos

a los pobres con Él, si queremos reinar con Él; lavémonos los pies los unos a los otros, si queremos ser aceptados por Cristo entre sus discípulos. Conformémonos en esta vida a nuestro Maestro, y Él se dignará conformarnos a Él en la gloria. Amén.

EN EL DIA DEL CORPUS DOMINI

Homilía celebrada en Milán en la iglesia metropolitana durante la celebración de la misa 9 de Junio de 1583

Todos los misterios de Nuestro Salvador Jesucristo, queridísimas almas, son sublimes y profundos: nosotros los veneramos en unión con la sacrosanta Madre Iglesia. Sin embargo el misterio de hoy, la institución del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, por medio del cual el Señor se ha entregado en comida a las almas fieles, es tan sublime y elevado que supera toda comprensión humana. Tan grande es la bondad del Sumo Dios, en Él resplandece tal amor que cualquier inteligencia queda sobrepasada; nadie podría explicarlo con palabras, ni comprenderlo con la mente. Pero ya que es mi deber hablaros de ello por el oficio y la dignidad pastoral, os diré también algo de este misterio. Brevemente, esta homilía estará centrada sobre todo en dos puntos: cuáles son las causas de la institución de este misterio y cuáles los motivos por los que lo celebramos en este tiempo.

En el Antiguo Testamento se narra la nobilísima historia del Cordero Pascual que debía ser comido dentro de la casa de cada familia; en el caso de que después sobrara y no pudiera ser consumido, debía ser quemado en el fuego. Aquel Cordero era la imagen de nuestro Cordero Inmaculado, Cristo el Señor, que se ofrece por nosotros al Padre Eterno sobre el Altar de la Cruz. Juan, el Precursor, viéndolo dijo: *«He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo»* (Jn. 1, 29). Aquella

maravillosa figura nos ha enseñado que el Cordero Pascual no podía ser totalmente comido con los dientes de la contemplación, sino que debía ser quemado completamente en el fuego del amor (Cfr. Ex. 12, 10 ss.).

Pero cuando medito conmigo mismo que el Hijo de Dios se ha entregado completamente en alimento a nosotros, creo que no hay más espacio para esta distinción: este misterio debe ser abrasado totalmente en el fuego del amor. ¿Qué motivo, sino sólo el amor, pudo mover al Bondadosísimo y Grandísimo Dios a darse como alimento a esa mísera criatura que es el hombre, rebelde desde el principio, expulsado del Paraíso Terrenal, a este mísero valle desde el principio de la creación por haber probado el fruto prohibido? Este hombre había sido creado a imagen de Dios, colocado en un lugar de delicias, puesto a la cabeza de toda la creación: todas las demás cosas habían sido creadas para él. Trasgredió el precepto divino, comiendo el fruto prohibido y, *«mientras estaba en una situación de privilegio, no lo comprendió»*; por eso *«fue asimilado a los animales que no tienen intelecto»* (Sal. 49, 13); por eso fue obligado a comer su misma comida.

Pero Dios ha amado siempre tanto a los hombres que pensó en el modo de levantarlos tan pronto como habían caído; y para que no se alimentaran del mismo alimento destinado a los animales – ¡contemplad la infinita caridad de Dios!– se dió a si mismo como alimento al hombre. Tú, Cristo Jesús, que eres el Pan de los Angeles, no te has negado a convertirte en el alimento de los hombres rebeldes, pecadores, ingratos. ¡Oh grandeza de la dignidad humana! ¡Por un acontecimiento singular, cuánto mayor es la obra de la reparación, cuánto supera esta dignidad sublime a la desgracia! ¡Dios nos ha hecho un favor singular! ¡Su amor por nosotros es inexplicable! Sólo este amor pudo mover a Dios a hacer tanto por nosotros. Por ello ¡qué ingrato es quien no medita en su corazón y no piensa a menudo en estos misterios!

Dios, Creador de todas las cosas, había previsto y conocido nuestra debilidad, y que nuestra vida espiritual

necesitaría un alimento para el espíritu, así como la vida del cuerpo necesita un alimento material; por ello ha dispuesto para nosotros que hubiera abundancia de cada uno de estos dos alimentos; por una parte el alimento para el cuerpo; por otra el alimento del que gozan los Angeles en el cielo, y nosotros podemos comer aquí en la tierra, oculto bajo las especies de pan y vino. La santísima sierva de Dios, Isabel ante la visita de la Madre de Dios, no pudo dejar de exclamar: *«¿A qué debo que la Madre de mi Señor venga a mí?»* (Lc. 1, 43). Pero ¡cuánto más debería exclamar quien recibe dentro de si a Dios mismo: *«¿A qué debo que venga a mi, pecador, miserable, ingrato, indigno gusano y no hombre, oprobio de los hombres y abyección del pueblo, que entre en mi casa, a mi alma que a menudo he reducido a cueva de malechores, y en mí habite mi Señor, Creador, Redentor y mi Dios, ante cuya presencia los Angeles desean estar?»*

Vayamos al segundo punto de la reflexión.

Oportunamente hoy la Iglesia celebra la solemnidad de este santísimo misterio. Podía parecer más oportuno celebrarla en la Feria Quinta in Coena Domini, día en el que sabemos que nuestro Salvador Cristo, ha instituido este Sacramento. Pero la Santa Iglesia es como un hijo, correcto y bien educado, cuyo padre ha llegado al término de sus días y mientras está a punto de morir, le deja una herencia amplia y rica; no tiene tiempo de entretenerse en el patrimonio recibido: está totalmente volcado en llorar al padre. Así la Iglesia, Esposa e Hija de Cristo, está tan atenta a llorar en aquellos días de pasión y de atroces tormentos, que no está en condiciones de celebrar como querría esta inmensa heredad a Ella entregada: los Santísimos Sacramentos instituidos en estos días.

Por tal motivo ha fijado este día para la celebración: en donde, por el inmenso don recibido, querría rendir de modo muy particular a Cristo aquella maravillosa acción de gracias que a causa de nuestra pobreza no somos capaces de ofrecerle. Por eso el Hijo de Dios, que conoce todo desde la eternidad ha venido en ayuda de nuestra debili-

dad con la institución de este Santísimo Sacramento: por nosotros «Él dió gracias» a Dios, «bendijo y partió el pan» (Mt. 26, 26; Lc. 24, 30). Con esta institución nos ha enseñado a darle gracias al máximo por un don tan grande. Pero ¿por qué la Santa Madre Iglesia ha establecido precisamente este tiempo para celebrar tal misterio? ¿Por qué precisamente después de la celebración de los otros misterios de Cristo: después de los días de Navidad, de la Resurrección, de la Ascensión al Cielo y la venida del Espíritu Santo?

Hijo, no temas: itodo esto no es sin motivo! Este misterio santísimo está tan ligado a todos los demás y es remedio tan eficaz en consideración de ellos, que con mucha razón está unido a ellos. Por medio de este Santísimo Misterio del Altar, recibiendo la vivificante Eucaristía, con este Pan Celestial los fieles son tan eficazmente unidos a Cristo que pueden tocar con su boca desde el costado abierto de Cristo los infinitos tesoros de todos los Sacramentos.

Pero hay otra razón para esto. Entre los misterios del Hijo de Dios que hasta ahora hemos meditado, el último fue la Ascensión al Cielo. Ello sucedió para que Él recibiese a título propio y nuestro la posesión del Reino de los Cielos y se manifestara el dominio que poco antes había afirmado: «*Me ha sido dado poder en el cielo y en la tierra*» (Mt. 28, 18). Como cualquier Rey, en el acto de recibir la posesión de un reino, se dirige antes que a cualquier otra ciudad a aquella que es la capital y metrópolis del reino (y como un Magistrado o Príncipe que se prepara para administrar un reino en nombre del Rey), así también Cristo: honrado con la señoría más grande y con todo derecho en el cielo y en la tierra, en primer lugar tomó posesión del Cielo, y desde allí, como haciendo una demostración, difundió sobre los hombres los dones del Espíritu Santo. Pero habiendo elegido reinar también en la tierra, nos dejó a Él Mismo aquí, en el Santísimo Sacrificio del Altar, en este Santísimo Misterio que hoy celebramos. Por este motivo extraordinario la Iglesia ordena

que sea llevado por todos en procesión en forma solemne por ciudades y pueblos.

Cuando el poderosísimo Rey Faraón quiso honrar a José, mandó que se le condujera por las calles de la ciudad y, para que todos conocieran la dignidad de quien había explicado los sueños del Faraón, le dijo: *«Tú serás quien gobierne mi casa, y todo mi pueblo te obedecerá; sólo por el trono seré mayor que tú. Mira, te pongo sobre toda la tierra de Egipto. El faraón se quitó el anillo de la mano y lo puso en la mano de José; hizo que le vistieran blancas vestiduras de lino, y puso en su cuello un collar de oro. Después lo hizo subir sobre su segundo carro y delante de él un heraldo gritaba, para que todos se arrodillaran delante de él. Y así lo puso al frente de todo el país de Egipto»*. (Gn. 41, 40 ss.)

También Asuero, cuando quiso honrar a Mardoqueo, le hizo vestir vestiduras reales, lo hizo subir a su caballo y a tal fin mandó a Amán que lo condujera por la ciudad y gritara: *«Aquí viene el hombre a quien el Rey quiere honrar»* (Est. 6, 11).

Dios quiere ser el Señor del corazón del hombre; quiere ser honrado, como conviene, por todos los hombres. Por esto hoy, de forma solemne, conducido por el Clero y por el Pueblo, por los Prelados y los Magistrados, recorre las calles de la ciudad y de los pueblos. Por esta razón la Iglesia profesa públicamente que Éste es nuestro Rey y Dios, de quien hemos recibido todo y a quien debemos todo.

Oh, hijos queridísimos en el Señor, mientras hace poco caminaba por las calles de la ciudad, pensaba en una multitud tan grande y en la variedad de personas que hasta hoy, hasta nuestros días está oprimida por la miseria de la esclavitud y por largo tiempo ha tenido que servir a amos tan viles y crueles. Veía a un cierto número de jóvenes que se han dejado dominar por la lascivia y la pasión y, como dice el Apóstol (Cfr. Fil. 3, 19), han proclamado como dios a su propio vientre. (Quienquiera que pone cualquier cosa como fin de su propia existencia,

quiere que tal cosa sea su dios. En efecto Dios está en el término de todo). Que renuncien éstos a la carne, a la lujuria, a frecuentar los lupanares y tabernas, las malas compañías; que renuncien a los pecados y reconozcan al Verdadero Dios que la Iglesia profesa por nosotros. Lloraba por la soberbia y la vanidad de algunas mujeres que se idolatran a ellas mismas, y dedican aquellas horas de la mañana que deberían consagrar a la oración, al maquillaje de sus rostros y al peinado de sus cabellos; que piden cada día nuevos vestidos, hasta el punto de hacer pobres infelices a sus maridos y mendigos a sus hijos y consumir su patrimonio. De ello se derivan mil males, los contratos ilícitos, el no pagar las deudas, el no dar cumplimiento a las últimas voluntades piadosas; de ello el olvido del Dios Bondadosísimo y Grandísimo, el olvido de nuestra alma. Veía a tantos avaros, mercaderes del infierno, gente que a tan caro precio compra para si el fuego eterno; de ellos con razón dice el Apóstol: *«La avaricia es una forma de idolatría»* (Ef. 5, 5; Col. 3, 5). Aparte del dinero no tienen otro Dios, sus acciones y palabras están dirigidas a pensar y decidir cómo ganar mejor, conseguir terrenos, comprar riquezas.

No podía dejar de ver la infidelidad de algunos que se declaran expertos en la ciencia de gobernar y sólo tienen esto ante sus ojos. Son quienes no dudan pisotear la ley de Dios que ellos declaran contraria a la forma de gobernar (ipobres y desgraciados!) y obligan a Dios a retirarse. ¡Hombres dignos de lástima! (Y deben llamarse Cristianos quienes estiman y declaran públicamente a si mismos y al mundo más importantes que a Cristo?

El Señor ha venido, con esta santa institución de la Eucaristía, a destruir todos estos ídolos, a fin de que con el Profeta Isaías, hoy podamos exclamar al Señor: *«Sólo en Ti es Dios; no hay otros, no hay otros Dioses. En verdad tú eres un Dios escondido, Dios de Israel, Salvador»* (Is. 45, 14 ss.). Oh Dios bueno, hasta ahora hemos sido esclavos de la carne, de los sentidos, del mundo; hasta ahora dios ha sido para nosotros nuestro vientre, nuestra

carne, nuestro oro, nuestra política. Queremos renunciar a todos estos ídolos: honrarte sólo a Ti como verdadero Dios, venerarte a Ti que nos has hecho tantos beneficios y, sobre todo, te has entregado a Ti mismo como alimento para nosotros. Haz, te ruego, que de ahora en adelante nuestro corazón sea sólo tuyo y nada nos aparte más de tu amor. Que prefiramos mil veces morir antes que ofenderte aún mínimamente. Y de este modo, haciéndonos mejores, con la fuerza de tu gracia, gozaremos eternamente de Tu Gloria. Amén.

EN EL DÍA DEL CORPUS DOMINI

Homilía pronunciada en Milán en la Iglesia metropolitana después de completas 9 de Junio de 1583

«¡Qué suave es tu Espíritu, Señor! Para mostrar tu ternura hacia nosotros tus hijos, dándonos un Pan del cielo, has colmado de toda bondad a los hambrientos y a los ricos los has mandado con las manos vacías» (Antífona al Magnificat de Vísperas de la Solemnidad del Corpus Domini, según el rito Ambrosiano). Esto canta hoy la Santa Madre Iglesia en la presente Solemnidad, mientras celebra la gloriosa memoria de un don tan grande. ¡Cómo deberíamos gustar esta dulcísima memoria de Dios, en la que se nos muestra su amor infinito por nosotros! Ninguna fiesta es más suave, ninguna más gozosa. Se nos muestran también los efectos de aquella insigne predilección divina, que se da a gustar por nosotros por su voluntad. Meditemos todos, os ruego, las palabras con las que el Apóstol Pablo describe la institución de este Santísimo Sacramento; nos daremos cuenta de cómo todo manifiesta un amor inmenso. *«El Señor Jesús, en la noche en que era entregado, tomó el pan, y después de haber dado gracias, lo partió y dijo: Este es mi Cuerpo, que es para vosotros: haced esto en memoria mía»* (1 Cor. 11, 24). Cristianos, qué violencia se encierra en las primeras palabras «en la noche en que era entregado». En ella icuántas emboscadas le eran tendidas por aquel discípulo suyo que Él había beneficiado tanto! En ella el pueblo le preparaba innumerables insultos, oprobios, tormentos y la misma

muerte tan infame y cruel. Sin embargo, incluso en el momento en que se tramaban semejantes cosas contra Él, Cristo que *«escruta en el corazón y en la mente»* (Sal. 7, 10) de los hombres y ve todo claramente, incluso en aquel momento, en aquella hora estaba preparando para los hombres pecadores y hostiles a Él, beneficios impensables; nos daba para nuestra enfermedad una maravillosa medicina; nos proporcionaba para nuestra hambre un alimento suave. Hombre, mira cómo nos ha pagado a cambio de las injurias, con qué beneficios ha pagado las maldades. La meditación de esta hora debería encenderte de amor hacia Dios y moverte a amar a Aquel que te ha alcanzado con su amor a ti que lo entregas. ¡Maravillosa profundidad del amor! Ellos te están preparando la muerte, oh Cristo, y Tú lo sabes; sin embargo piensas en la vida para ellos. Te rodean de acechanzas y Tú decides liberarlos de los lazos de demonio. ¿De qué debo admirarme más? ¿De la ingratitud del traidor o de tu benevolencia? De esta última sin duda, porque es tu prerogativa tener compasión y perdonar. Has amado siempre a los hombres hasta el punto que con razón en otro lugar has afirmado: *«He venido a traer fuego a la tierra y ¡cómo quisiera que estuviera ya ardiendo!»* (Luc. 12, 49). ¡Cuánto lo has deseado, cuánto te has prodigado por esto, qué medios e instrumentos has usado! Escuchad, hijos, cuáles son. En primer lugar Dios creó al hombre de la nada y lo formó a su imagen y semejanza; lo colocó en un Paraíso de delicias; lo puso al frente de toda la creación; todo fue creado para su uso; pero, no contento con todo esto, puso al servicio del hombre a los mismos Angeles, criaturas inteligentes y tan elevadas, para que lo custodiaran, y le asistieran durante todo el transcurso de su vida. Pero todavía Dios consideraba todo esto una nada: personalmente quiso bajar del cielo sobre la tierra; se hizo hombre; no se negó a asumir todas las debilidades humanas. En su vida se entregó a nosotros como compañero de camino; en la muerte como precio de rescate; en el momento de separarse de nosotros se entregó en alimento en el Santísi-

mo Sacramento, prometiendo entregarse por fin, como premio en la gloria del cielo. Con razón podemos exclamar con el Rey y Profeta David: *«¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que te preocupes de él?»* (Sal. 8, 5). ¿Por eso deseas tanto estar vivo en su pensamiento que te entregas a él en este maravilloso Sacramento? Tú que no tienes necesidad de nada, a quien pertenecen los cielos y la tierra, ¿Qué beneficio, qué honor, qué gloria puedes esperarte del hombre, ya que deseas tanto ser honrado por él? ¡Hijos, es necesario que conozcamos bien la inmensidad del amor divino! De aquí deriva el mayor bien para nosotros y por esta razón el Señor ha querido manifestárnoslo con signos y obras tan numerosas. Esto no es poca cosa y nosotros debemos esforzarnos por ser útiles para haceros crecer en el Señor. Por esto estamos siempre atentos. Y como la Santa Iglesia continua reflexionando sobre este Santísimo Misterio con el Oficio Divino y el Sacrificio de la Misa durante toda la presente Octava, así también nosotros nos hemos preocupado de que hoy el Reverendo Padre Francesco Panigaro-la, que vosotros conocéis bien, os hable en las horas de la tarde, de la dignidad, la grandeza y la utilidad de este Sacratísimo Misterio. Pero también nosotros, como conviene a nuestro encargo pastoral, el próximo sábado (día dedicado al Apóstol Bernabé a quien vosotros milaneses debéis estar muy reconocidos como padre de vuestros antepasados en la fe, el primero que predicó la fe cristiana en esta provincia, y plantó en ella las semillas de la religión) pronunciaremos una homilía sobre el mismo asunto. ¿Qué cosa espera la Santa Madre Iglesia con todo esto, sino que vosotros, hijos, apreciéis completamente un don tan grande, estéis agradecidos por él, gustéis su inmensa dulzura, y todo esto penetre en vuestro corazón? El cristiano debería por ello exteriorizar su máxima devoción por entender, delante del Santo Altar, que ha sido admitido ante la presencia de Dios. ¡Qué inmensa dignidad permitirnos estar ante Él cada vez que lo descendemos! La simple contemplación de su presencia tiene una fuerza in-

mensa y una gran eficacia. Cristo antes de ascender al Cielo, viviendo en medio de los hombres realizó numerosos milagros con su presencia física: devolvió la vida a los muertos, la vista a los ciegos, la salvación a los enfermos. ¿Cómo es posible que tu Santísima Presencia no haya podido romper nuestros corazones de hierro, no los haya dulcificado, no los haya dispuesto para dejar lugar dentro de sí al Espíritu Santo, cortando la unión de vida con el demonio?

Aquel Santo Siervo de Dios, que fue Bernardo debió oponerse, en Aquitania, al Conde Guillermo: un malvado que, viviendo en el Cisma, había pervertido todas las leyes divinas y humanas; había expulsado de sus propias sedes a muchos obispos, usurpado los bienes eclesiásticos, dañado iglesias, y no dejaba de hacer mal a todos los creyentes en Cristo. El, como un nuevo Faraón, era de corazón duro y ostinado: muchos religiosos, y entre ellos también Bernardo, habían llegado hasta él para apartarlo de sus malvados propósitos y reconducir a este hijo malvado al benévolo abrazo de la Madre Iglesia. Se cuenta que un día Bernardo, después de la celebración de la Misa, después del abrazo de la paz, teniendo en la mano al Santísimo Sacramento, se dirigió al Conde (que estaba fuera de la iglesia de la que era acérrimo enemigo) y le dijo: «Hasta ahora, oh Conde, te has opuesto siempre a los siervos de Dios; has despreciado sus palabras, los has cubierto abundantemente de injurias. Te hemos suplicado y nos has despreciado; en otro encuentro que hemos tenido contigo, la multitud de los siervos de Dios te ha suplicado pero tú no los has tenido en cuenta. ¿Serás tan malvado de no obsequiar como es debido al Señor de tus siervos que viene a ti personalmente? Él puede destruir tu cuerpo y mandar tu alma al infierno. ¿No temes a quien debe juzgar a los vivos y a los muertos? ¿No tendrás respeto de Aquel que es Dios, Hijo de Dios nacido por ti, que tanto ha sufrido y ha muerto? Helo aquí, ante ti ha venido el Hijo de la Virgen, que es Cabeza y Señor de la Iglesia que tú persigues. Tu Juez está en tu presencia: tu

alma va a ser puesta en sus manos. ¿Quieres despreciarte a ti mismo? ¿También lo despreciarás a Él como haces con tus siervos?

Fue tanta la fuerza de la visión del Santísimo Sacramento, tanto pudo su presencia, que quien hasta entonces se había comportado como un león, se hizo manso como un cordero. El que había tiranizado a todos en el bien y en el mal se hizo completamente obediente a las órdenes de Bernardo: devolvió a sus propias sedes a los Obispos que había echado, restituyó las ofertas sustraídas con engaño, se hizo reverente ante todos los religiosos, y convertido en un hombre totalmente nuevo, comenzó a palidecer, a tener frío, a temblar de miedo en todos sus miembros, tanto que ya no lo sostenían, hasta caer a la tierra como enloquecido. Levantado por sus soldados, cayó de nuevo hacia adelante, sin decir nada ni prestar atención a nadie; perdía saliva a lo largo de la barba, lanzaba profundos gemidos y parecía un epiléptico. Esto fue un cambio operado por la diestra de Dios: ésta es la eficacia vital de este Sacramento.

Que lo que os he dicho os conmueva y os enternezca cuando lo adoréis en público o veáis que es llevado a los enfermos por las calles de la ciudad; y cada uno de vosotros dirá: Éste es mi Dios, mi Señor, mi Pastor, mi Juez, Aquel que me recompensará, Aquel que pone su complacencia en estar con los hombres, que tanto gusta de estar con nosotros. Por su gracia desataré mi corazón de todos los intereses terrenos, y después de haberlo liberado, me esforzaré por llenarlo sólo con el amor de Dios. Que en mí cada cosa ceda espacio a Dios: Sométete al Señor, alma mía; de Él viene mi salvación.

Romped vuestros corazones, pecadores. Tantas veces el Señor os ha pedido por medio de sus siervos, pero vosotros lo habéis despreciado; os ha llamado de mil modos a la penitencia, pero no habéis hecho caso; ha intentado convertirlos mediante la predicación, los buenos consejos, las desgracias y las pestes, pero todo fue en vano. Ahora se presenta ante vosotros el Hijo de la Virgen, Él perso-

nalmente, hombre y Dios, en cuyas manos depositéis vuestras almas, Aquel que perseguís con vuestras acciones malvadas, provocáis con injurias e infamias, Aquel que blasfemáis, que no dejáis nunca de provocar. Vuestro Juez está presente: ¿también lo despreciaréis a Él? ¿No lo escucharéis?

Pero mientras llega el momento de que hagáis vuestra piadosa limosna para los pobres. Yo, enseguida, expondré brevemente las otras consideraciones.

SEGUNDA PARTE

Como os he indicado, en los dos próximos días festivos hablaremos de cómo aproximarnos a este Santísimo Sacramento. Digamos ahora algo sobre el honor que todos le deben tributar, a través del cual expresemos en ello, de modo excelente, nuestra piedad hacia Dios, ya sea cuando es llevado públicamente en procesión, ya sea cuando nos acercamos para recibirlo frecuentemente, fin para el que han sido instituídos estos misterios. Esta mañana habéis oído en nuestras palabras cómo la Santa Iglesia, mediante estas solemnes procesiones, hace solemne profesión de la fe cristiana que ha recibido, y proclama que éste es nuestro Dios, y no hay ningún otro fuera de Él. Como ha hecho siempre después que Cristo ascendió al cielo, el demonio arma a sus secuaces de manera siempre más violenta y tenaz, suscita continuamente nuevas herejías, para hacer inútil este medicamento y borrar de la mente del hombre el recuerdo de esta Santa Institución. ¿Qué cosa no hace o trama o intenta para obtener esto? Mirad vosotros mismos lo que ha realizado en tantas provincias cristianas: en Germania, en Inglaterra, en Flandes, en la vecina Francia. ¿Por qué vosotros por amor de Dios no deberíais armaros también para combatir más duramente, para vencer al demonio, para exaltar

este Santísimo Sacramento por medio del cual es robustecido cualquier mínimo aspecto de vuestra vida espiritual?

En cada Parroquia de esta ciudad han sido constituidas para tal fin tan abundantes Confraternidades y Sociedades; ipero cuántos inscritos faltan a su deber! Cuando el Viático es llevado a los enfermos, iqué pocos lo acompañan y, entre estos pocos, cuántos sin los cirios encendidos! El Rey del Cielo y de la Tierra se ha dignado a habitar en medio de nosotros y nosotros no nos dignamos a venerarlo. Por ello, para velar, cuanto es posible, por vosotros y vuestra salvación hemos dado disposiciones para fundar una Sociedad del Santísimo Cuerpo de Cristo en este Templo Mayor. A ella, como a todas las demás Sociedades de este tipo (en modo particular la que tiene su sede en la Iglesia de Santa Maria sopra Minerva, en Roma) concedemos y añadimos las indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices Romanos, por la autoridad a nosotros concedida por el Santísimo Señor nuestro Gregorio XIII, por divina providencia Papa, actual Vicario de Cristo Nuestro Señor en la tierra. En esta sociedad del Cuerpo de Cristo nos esforzaremos por realizar perfectamente todas las cosas que es justo que sean hechas por los Hermanos de tal Sociedad. Entretanto os rogamos en el Señor, que atentos a vuestra salvación, os inscribáis en ella; que participéis en las procesiones mensuales según la costumbre; que acompañéis con la devoción que conviene al Viático que es llevado a los enfermos; y, finalmente que seáis asiduos a esta escuela de Cristo. Que no haya ninguno de vosotros que diga: Tengo que ir a una gestión... Estoy ocupado en muchos asuntos... ¿Acaso no es éste el asunto más importante de vuestras almas? ¿El asunto va a destruir la Escuela? ¿Los negocios terrenales van a impedir el culto a Dios? ¡Cómo así! Buscad primero el Reino de Dios y todo lo demás os será dado por añadidura, de manera que todo llegue a la prosperidad.

Hay algunos que cuando pasan ante el altar del Santísimo, donde reside Dios, apenas son capaces de arrodillarse: doblan una sola rodilla. ¡Desgraciados e infelices!

¡Cuántas veces Dios cae en tierra, prostrado, para vosotros y vosotros rehusáis adorar a Aquél ante el cual toda rodilla se dobla, en el cielo, en la tierra y bajo la tierra. Vosotros no estáis dispuestos a entregaros por entero a vosotros mismos y a vuestros bienes para darle gloria a Él. Vosotras, mujeres fatuas, tenéis en abundancia vestidos de seda y bordados de oro, anillos, joyas, perlas, collares, pendientes: son como mil lazos dorados con los que los demonios os tienen prisioneras. Y vosotros, hombres, encargáis que os diseñen cada día nuevos tipos de trajes y de calzados, mientras en vuestras Parroquias, sin cáliz, sin sagrario, está Cristo pobre y desnudo en altares desnudos. ¿Y no os conmovéis por tales cosas, no enrojecéis de vergüenza? En cambio el Santo David enrojecía cuando decía a Nathan que el Arca de Dios estaba todavía bajo un tienda de pieles, mientras él habitaba en una casa real; decía: *«Mira, yo habito en una casa de cedro, mientras el Arca de Dios está bajo una tienda»* (2 Sam. 7, 2). ¿No teméis ante el pensamiento de que, mientras vuestro cuerpo está cubierto de seda y de oro, el Cuerpo y la Sangre de Cristo están cubiertos sólo de paños de lino? Vosotros os entregáis a tantos placeres mientras muchos miembros de Cristo mueren de hambre en los Monasterios masculinos y femeninos. ¡Amor, amor es lo que necesitáis vosotros, corazones endurecidos, al menos un poco de amor! Si en vosotros hay una chispa de amor y no estáis totalmente desprovistos de ello –creedme– comprenderéis claramente que no podréis nunca entregar todo lo que deberíais por el honor de Dios y a causa de vuestra pequeñez.

Hijos, querría que vinieran a vuestra mente dos cosas cada vez que contempláis a Cristo en este Santísimo Sacramento; están contenidas en las palabras del Profeta: *«Si soy el amo, ¿dónde está el temor a mí? Si soy el padre ¿dónde está el amor que me espera?»* (Mt 1, 6). Milaneses, desde el Altar el Señor os habla así: ¡Sois unos desastres! Os he creado para mí, para ser vuestro último fin y vosotros pensáis en cualquier otra cosa, excepto en mí; os

he dado todo lo que poseéis y vosotros no queréis devolver ni siquiera una mínima parte al pobre que pide: él representa mi persona. ¡Sí! soy Yo quien pide. Bebéis la sangre de los pobres, pisoteando mis mandamientos, hacéis contratos ilícitos, violáis los días de fiesta consagrados a mí, pisoteáis mi honor. Si yo soy el Señor, ¿dónde está el temor de mí? Si soy el Padre ¿dónde está el honor que me espera? Hijos ingratos, os he mandado honrar a vuestros padres, para que caigan mis bendiciones sobre vuestras cabezas; guardar vuestros miembros puros y castos porque son Templos del Espíritu Santo. Vosotros en cambio os dejáis arrastrar sólo por los placeres, por las borracheras, por los abundantes banquetes. Si soy el Señor, ¿dónde está el temor de mí? Mujeres fatuas, os he creado como ayuda correspondiente al hombre; ¿por qué sois su perdición con vuestros lujos, festines, ornamentos, con vuestros cabellos trenzados, mediante los cuales, como si se tratara de firmísimas cuerdas, mantenéis atada su alma? ¿Por qué dedicáis al cuidado de vuestro cuerpo, que está destinado a perecer, el tiempo que deberíais ofrecerme para orar y venerarme? Si yo soy el Señor ¿dónde está el temor a mí debido? Si soy el Padre ¿dónde el amor que me espera?

¡Cuánto habréis aprendido hoy si comprendéis estas dos cosas —el temor de Dios y el amor a Él debido— y las esculpís en vuestro corazón como verdades absolutas! Diréis: Quiero dejar cualquier ocupación mundana; decido dirigir cualquier acción mía hacia el bien; prefiero desear la muerte antes que faltar en cualquier cosa al honor debido a Dios. Os será de gran ayuda en todo esto, el perseverar en el frecuente recibir la Santísima Eucaristía. Cristo mismo, en persona, os hará fácil todo lo que para el mundo es difícil y duro. El Profeta Elías (1 Re 19, 1-8), como habéis oído esta mañana en la primera lectura de la Misa estaba fuertemente abatido por las amenazas y persecuciones de la impía Gezabel, hasta el punto de estar desesperado. El Señor le envió a su Angel que lo despertó una segunda y una tercera vez y le dió de comer pan coci-

do bajo la ceniza. Por la fuerza de aquel pan, Elías caminó durante cuarenta días hasta que llegó al monte de Dios, el Oreb. Aquella Gezabel que es el demonio, el mundo y la carne ¡a cuántos pobres hombres asusta! ¡Qué difíciles hace para ellos los mandamientos de Cristo, qué difícil el humillarse, dejar las malas compañías, perdonar las injurias!

Recibid siempre con más frecuencia este Pan cocido bajo la ceniza, el Cuerpo de Cristo y su Sangre y, creedme, superaréis cualquier dificultad del camino; llegaréis finalmente al Monte de Dios, Oreb, aquella celeste Jerusalén donde podréis ver cara a cara, junto con los Santos Angeles, a Aquel a quien ahora véis bajo las especies del pan y el vino.

Que os lo conceda Aquel que ha muerto sobre el leño de la Cruz para que lo pudiésemos alcanzar: Cristo Jesús, bendito por los siglos. Amén.

DOMINGO II DESPUES DE PENTECOSTES

Homilía pronunciada en Milán en la Iglesia metropolitana 12 de Junio de 1583

«Mientras Jesús se sentaba a la mesa en casa, muchos publicanos y pecadores...» (Mt. 9, 10-13). Amadísimas almas, esta mañana el Evangelio nos narra el convite ofrecido a Nuestro Señor Jesucristo en casa de Mateo; a él vinieron muchos publicanos y pecadores, se sentaron a la mesa, atraídos por el ejemplo de Mateo de quien admiraban la imprevista conversión y el cambio de vida: él, a la simple orden de Cristo: «¡Sígueme!» se hizo discípulo suyo. Ellos mismos estaban atraídos por la enseñanza de Cristo, el único que tenía palabras de vida eterna. A la vista de esto, los Fariseos comenzaron a murmurar, diciendo a sus Discípulos: «¿Por qué vuestro Maestro come junto con publicanos y pecadores? Jesús los oyó, y dijo: No son los sanos los que tienen necesidad de médico sino los enfermos. Id pues y aprended lo que significa: Misericordia quiero y no sacrificios. En efecto no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mt. 11, 28). Estaba pues en compañía de los pecadores para llevarlos a penitencia.

Es cosa apropiada y oportuna que este relato venga durante esta Octava; este banquete al que muchos acuden, simboliza las riquezas de aquel Celestial Banquete que Cristo ha preparado para el mundo; a todos los invita

diciendo: «*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré*» (Mt. 11, 28). Nuestro Señor admitía a aquella mesa a todos los publicanos y pecadores. ¿Acaso ahora deben acercarse a esta Sacratísima Mesa de la Eucaristía también los pecadores? ¿Pueden comulgar aquellos que están manchados de pecados mortales? ¡Ciertamente que no! Del modo en que hay que acercarse voy a hablaros, aunque de este tema os haya hablado ayer y anteayer definitiva y satisfactoriamente ese hombre lleno de religión que es el Padre Francesco Panigarola. Nosotros, sin embargo, para no faltar al deber pastoral, trataremos de modo breve sobre qué preparación es necesaria para recibir el Santísimo Sacramento y cuánto deseo debemos tener de comulgar frecuentemente.

Ayer habéis oído de manera amplia que no pocos son los Sacramentos instituidos para vivificar el alma, para librarla de la muerte del pecado y devolverle la vida de la gracia: son dos, el Bautismo en primer lugar, y la Penitencia. Pero la Eucaristía es un Sacramento de vivos y requiere que lo reciban los que están en estado de Gracia de Dios: ha sido instituida para alimentar y acrecentar su vida espiritual. Por eso quien permanece en la muerte, quien está en pecado mortal, que permanezca lejos de esta mesa. Que corra primero hacia la vida, es decir a la Penitencia, segunda tabla de salvación después del naufragio; que confiese, arrepentido, al sacerdote sus pecados y se proponga evitarlos en el futuro. El Sacramento de la Confesión es en efecto la primera y necesaria disposición para recibir bien la Eucaristía. Quien se atreviera a acercarse a comer el Pan que da la vida, permaneciendo en pecado mortal, que oiga como le habla el Apóstol Pablo, cuando habla de esta solemne institución: «*Que cada uno, por tanto, se examine a sí mismo y después coma de este pan y beba de este cáliz; porque quien come y bebe sin reconocer el Cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación*» (1 Cor 11, 28 s.). Peca contra el Cuerpo y la Sangre de Cristo; es reo ante Él porque no juzga, no discierne, no constata que está recibiendo el Cuerpo y la

Sangre de Cristo, es decir de Dios, Aquel que ha de juzgar a los vivos y a los muertos, que ha sufrido por nosotros, que reina en el cielo, fuente de toda pureza y candor. Pero el cristiano ¿podrá estar contento con esta sola preparación: la de no mancharse con pecado mortal? ¡Ciertamente que no! Hay otra mediante la cual recibirá la Eucaristía de modo más provechoso: se esforzará por limpiarse también de los pecados veniales o bien con la Confesión o al menos con un acto de arrepentimiento; porque éstos no hacen perder la gracia pero enfrían el amor por Dios. Quien no tiene en cuenta estas pequeñas culpas, poco a poco cae en aquellas más graves: como en efecto una larga enfermedad conduce a la muerte, así los pecados veniales preparan el camino a los mortales. Y como una gran cantidad de agua apaga el fuego, mientras que una pequeña sólo lo atenúa, así los pecados mortales quitan la Gracia y los veniales hacen al hombre cada vez más débil, más enfermo; hay que poner la máxima atención en curar esta enfermedad, también antes de la Santa Sinaxis, para que estemos preparados para gustar en nosotros sus frutos más copiosos. El Cristiano, hijos, en el acto de acercarse al Santo Altar, debe suscitar en sí algunos particulares y profundos sentimientos de devoción. Pueden ser incitados por consideraciones de este tipo: ¿A quién me acerco yo, pobre, indigno? ¿Quién es Aquél a quien voy a recibir? ¿Qué voy a hacer? He decidido nutrirme de Aquel que ha hecho el Cielo y la tierra con una palabra; por cuya providencia todo es regido y gobernado; que con un solo movimiento podría reducir todo a la nada; que posee todo dominio en el Cielo y en la tierra; a quien el Padre ha dado el poder de juzgar todo; a quien los Angeles desean contemplar y los demonios temen; a cuyo nombre se pliega toda rodilla en el Cielo, en la tierra y en los infiernos; ante quien finalmente en los Angeles hay imperfección, y tiemblan las columnas del Cielo, nuestras obras de justicia son como un paño inmundado; Aquel que juzgará a los vivos y a los muertos; que es fuente de todo candor y pureza y huye de toda mancha y

de toda suciedad. ¡Y yo, yo impuro, vilísima criatura mil veces caída en el pecado, me acerco para nutrirme de tal persona a Quien tanto debo, que me ha amado hasta el punto de dar su vida por mí y sufrir la muerte para darse como mi alimento!

Yo, ingrato, traidor, me acerco para alimentarme de este Pan. Así la meditación de su Majestad, del santo temor, la contemplación de su bondad y caridad, suscitarán en nosotros sentimientos de afecto por los cuales el hombre se prepara para recibir del modo más pleno la abundancia de los frutos celestiales. Como en las cosas comunes, donde hay una disposición mejor, se operan efectos mejores, así actúa también Dios. Y como las olas del mar llenan un vaso (según la medida de su capacidad), así también nuestro corazón, vaciado de las preocupaciones, de las tareas mundanas, de toda impureza, será colmado por el agua de la divina gracia que es un mar profundo e inmenso. Oh hijos, como os he dicho, este sentimiento devoto es muy útil; su falta, unida al desprecio del Sacramento, puede ser tan dañina que sumerja a los hombres en el pecado mortal. Por ello debemos estar muy atentos.

Amadísimos, debemos aquí llorar la miseria y la desgracia de algunos que probablemente están ya ausentes; ellos consumen el año entero en el desprecio de Dios; están ocupados en realizar innumerables injusticias, caen en toda culpa inmundada y en todo tipo de pecado. Pero, como se aproxima la Pascua, hacia el final de la Semana Santa, tan sólo para evitar las censuras eclesiásticas y no ser señalados con el dedo por la gente, llegan, justo el Jueves Santo, y en una horita quieren confesarse y cumular. ¡Hombres desgraciados! ¡Están encallecidos en los pecados, han adoptado malas costumbres, se han enraizado en la maldad cotidiana y en un abrir y cerrar de ojos pretenden ser purificados y unirse a Dios! ¿Sabéis de dónde proviene tanta preocupación? Como los perros suelen volver rápido a su propio vómito, así éstos no se esfuerzan en prepararse y reemprenden rápidamente la vida de antes. En verdad que ellos se comen y beben su propia

condenación. ¡No con esta intención, no por este fin se debe comulgar, Hijos!

El recibimiento de la Eucaristía debe dirigirse como todas las demás acciones a la gloria de Dios, a su honor. Entonces se alcanzará la salvación del alma, será curada de su enfermedad, crecerá la gracia, la vida será conservada y acrecentada. Dios quiso que los hijos de Israel que iban a recibir la Ley estuvieran preparados y bien dispuestos de muchos modos. ¿Cómo podría tener una disposición menor de la debida quien va a recibir al Autor de la Ley y de la Gracia?

Debería deciros todavía muchas cosas a este respecto y podría exponeros muchos otros puntos de meditación a propósito de las actitudes que se deben tener al recibir la Comunión. Pero como sobre estas cosas os hablará más extensamente el Padre Religioso, las dejo a propósito de lado y os propongo meditar sobre cómo y con cuánta frecuencia se ha de usar de la misericordia de Dios.

SEGUNDA PARTE

Esta parte de la homilía es tan útil y necesaria que de ella no se debería tratar en una única predicación, sino cotidianamente: ¡en efecto, habla de nuestra vida! A quienes se alimentan de Él, el Señor en verdad les promete la vida eterna. Dice: «*Si alguien come de este pan, vivirá eternamente*» (Ju. 6, 52). Os lo hemos dicho ya y os lo explicaremos todavía: la Eucaristía ha sido instituida precisamente a este fin, para ser alimento. Los mismos beneficios que el alimento aporta al organismo son producidos por la Eucaristía para el alma. El hombre permanece vivo por dos principios: la temperatura de su cuerpo y el equilibrio de las secreciones interiores. El calor corporal es mantenido por estas secreciones y por ello las consume siempre: por ello el organismo tiene necesidad cada día

de alimento para recuperar este equilibrio. Como en una lámpara la mecha consume el aceite de modo que la lámpara se apaga si no se añade; y por otra parte, en un cierto espacio de tiempo, incluso añadiendo aceite, la mecha se consume; así sucede también en esa lámpara que es el alma. La mecha es la concupiscencia y la inclinación al pecado; el aceite es la Gracia divina; el calor corporal es el ardor de la concupiscencia; el equilibrio de las secreciones internas es la Gracia. Por ello si cada día no se consume nuevo alimento, es decir si no hay aumento de la gracia, prevalece la inclinación al mal debido a la concupiscencia y de pronto nuestra alma muere. La Santísima Eucaristía, este alimento nuestro, nos hace crecer en la Gracia; repara los daños que provienen de la concupiscencia. Y si el daño es continuo, ¿por qué no debe haber una reparación continua? Amadísimos hijos, ¿por qué razón pensáis que están escondidos misterios tan grandes bajo estas especies visibles del pan y el vino? Por ningún otro motivo sino que, así como diariamente son usados para nutrir el cuerpo el pan y el vino, así sea recibida cada día la Santísima Eucaristía. Pero tratemos de ver otro motivo de todo esto, confiando en la seguridad de esta verdad: todas las cosas se conservan con aquellos medios y modos con los que se difunden y crecen. Consideremos, os ruego, el comienzo y el florecimiento de la Iglesia primitiva: cómo se ha difundido y extendido tan rápidamente. En verdad no encontraremos otra causa sino que los Cristianos de aquel tiempo eran asiduos a la Fracción del Pan. (Ac. 2, 42).

¡Oh Milán! ¡El pueblo comulgaba diariamente: no sólo los Religiosos, los Sacerdotes, sino también los Laicos y quienes vivían en el mundo hacían así! ¡Y cómo crecía la Iglesia por esto! ¡Cómo se difundía la Iglesia, cuánta libertad interior al anunciar el Evangelio, cuánta constancia al soportar las persecuciones, cuánta valentía al enfrentarse a la muerte, cuánto desapego de las cosas humanas y de la misma vida! ¡De aquí Sebastián, conducido ante Diocleciano, tomó fuerza para denunciar su impiedad, a pe-

sar de haber sufrido ya muchos tormentos. De aquí Policarpo pudo decir a Marción que le preguntaba si lo conocía: «Reconozco al primogénito del demonio»!

De aquí Ignacio escribía a los Romanos: Pueda yo ser entregado a las fieras que me han sido preparadas; les pido que sean rápidas en devorarme, en despedazarme; prestas al deseo de descuartizarme. ¡Que no se les ocurra, como con otros mártires, no tocar mi cuerpo! Y si no quisieran venir, yo las obligaré, me arrojaré ante ellas para ser devorado. Ahora comienzo a ser discípulo de Cristo y no deseo nada de las cosas materiales, sino sólo a Jesucristo. ¡Fuego, cruz, descoyuntamiento, desgarró, tormentos por todo el cuerpo y todas las crueldades del demonio que vengan a mí: yo sólo quiero estar con Cristo!

De aquí Lorenzo, sacerdote de Cristo, apostrofaba a los que acudían al fuego y les gritaba: «Yo adoro a mi Dios y sólo le sirvo a Él; por eso no temo tus tormentos, tirano». Pero también ¡qué ánimo encontramos en las vírgenes y en las mujeres cristianas, que sólo es generado de la frecuente recepción de la Eucaristía! ¡Escuchad a Lucía! Al Prefecto Pascasio que le decía que habría dejado de hablar cuando comenzara a golpearla, respondía con decisión: «No pueden faltar las palabras a los siervos de Dios; Cristo nos ha asegurado: *Cuando seáis llevados ante los reyes y los magistrados, no penséis qué váis a decir o de qué modo váis a hablar. En ese momento se os dará lo que deberéis decir*» (Mt. 10, 18 s). Y añadía otras cosas de este género. Agnes, con ánimo invencible, frente a Sifronio, le replicaba: «No quiero rendir culto a Vesta, que no es sino una imagen de madera o piedra: Y si tú también quisieras atentar contra mi virginidad, conmigo está el Angel del Señor, guardián de mi cuerpo, que me conservará inviolada» ¡Con cuánta audacia Catalina se enfrentaba a Massencio!

¿Pero por qué pierdo el tiempo contándoos estos episodios de los que están llenos los libros? ¿qué hay que maravillarse de la fortaleza de los primeros cristianos, de ambos sexos, si se armaban para el martirio con este San-

tísimo Alimento, como Cipriano testimonia? ¡Y con razón! Este Pan de los fuertes, como la Escritura lo llama, proporciona fortaleza; por él eran más dulces que la miel y el panal las cuerdas, los cepos, las cadenas en las manos, la cárcel, los ayunos, el hambre, los largos días sin alimento, los insomnios, los agujijones, el patíbulo, los golpes de bastón, la espada, la cruz, la rueda dentada, las láminas incandescentes, las parrillas, los carbones, el fuego, las fieras, las masas de plomo y pez fundidos, las espinas y todos los demás innumerables tormentos. Ellos iban a la muerte con mayor ardor que con el que nosotros buscamos la vida.

En cambio ¡cuánta debilidad cuando se dejó de tomar frecuentemente este alimento; cuánta fragilidad, cuánta inseguridad, qué fácilmente pueden derribarse y abatirse los hombres! Apenas ven al demonio ceden y sucumben, dando la espalda a su Maestro, Jesús. Aquejados por un dolor mínimo, conmovidos por una palabra de nada, insultan y deshonran con sus blasfemias a Dios y a sus Santos; derraman la sangre de sus hermanos; rompen la concordia; desgarran los vínculos de la caridad; hacen cesar la paz; ya no viven del amor cristiano. Con el pretexto de un interés aunque sea pequeño o de una misera ganancia abandonan a Dios, desprecian al Cielo, prestan poca atención a los bienes eternos, a su propia alma, y se precipitan desastrosamente al infierno.

Cuando el Señor Jesús, según el Evangelio de Marcos, resucitó a la hija del Jefe de la Sinagoga, ordenó que se le diera de comer: por ello sabemos que nuestras almas no pueden permanecer vivas y fuertes por largo tiempo sin el alimento espiritual. Esto lloraba el Profeta Isaías: *«Por eso mi pueblo será deportado sin que ni siquiera lo sospeche. Sus mayores perecerán de hambre, su pueblo arderá de sed...»* (Is. 5, 13-14). La ruina de las ciudades y de sus pueblos tiene aquí su origen: los Nobles mueren de hambre, los magistrados no quieren comer porque desaprueban la frecuente recepción de la Santísima Eucaristía, precisamente ellos por cuyo ejemplo es gobernado el

mundo; se burlan de aquellos que comulgan frecuentemente, los califican como hipócritas y los llaman simuladores de santidad: así la gente les sigue. Por esta razón se ha extendido así el infierno, ha abierto por completo sus puertas y cada día traga y devora a tantas personas. Yo admito que en nuestra ciudad en estos años se han realizado muchas cosas buenas: muchos han retornado a dar frutos de bondad; a llevar una vida honesta y loable; a realizar numerosas obras pías; a rendir a Dios un culto más fervoroso; a observar más diligentemente las ceremonias religiosas; a estar más entregados a la oración, más asiduos en escuchar la Palabra de Dios, las prédicas y la doctrina.

Lo que ha sucedido confiemos en que suceda también en el futuro; pero cada vez que comprendemos que vamos a conseguir el resultado de nuestras fatigas y de nuestro esfuerzo, reconoceremos que lo hemos recibido sólo de la frecuencia asidua a estos Santísimos Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía.

Milaneses, *«mirad la Roca de la que habéis sido tallados, la cueva de la que habéis sido extraídos»* (Is. 51, 1), medita sobre los orígenes de la Iglesia de Oriente, volved a pensar en las raíces de los frutos que véis entre vosotros y cultivadlos, abrazadlos. No faltará quien diga: «Comulgo frecuentemente, pero sigo frío o tibio: apenas reconozco en mí los beneficios». Precisamente esto es el fruto, el reconocer tu frialdad, tu debilidad. ¿Y quién mejor podría quitarla más eficazmente sino la Gracia y quien la concede, Cristo? Cada día cometes pecados (como dice S. Ambrosio): irécibelo cotidianamente! ¡Desgraciados de nosotros que somos tan perezosos en hacer lo que debemos, y encontramos mil excusas para ello! Comerciante, ¿qué dices? «Debo incrementar el comercio, debo estar en el negocio, debo realizar muchos asuntos... por eso no puedo comulgar». Trata de ver qué vacía y loca es esta excusa. Un comerciante es cristiano o no lo es. Si quieres ser cristiano y ejercer tu ocupación según las reglas prescritas por Cristo, ¿qué cosa te impide co-

mulgar cotidianamente? ¿Acaso si buscáis primero el Reino de Dios y su justicia no se te dará todo lo demás? En cambio si no quieres ser un cristiano, sino comportarte como un pagano y un descreído, mi palabra no es para ti: ya te has condenado con tu boca. Los Padres de la Iglesia, los Santos Doctores Gregorio, Agustín, Crisóstomo, Ambrosio profesan unánimemente y predicán lo mismo que yo os he dicho: ¡Este alimento debe recibirse muy frecuentemente!

Sé de otros que con toda probabilidad dirán que no aprueban la Comunión frecuente por el respeto que sienten hacia un Sacramento tan augusto. Pero también éstos se equivocan: los caminos de Dios son bien diferentes de los caminos del hombre. Si es verdad que la excesiva familiaridad entre los hombres genera falta de respeto, porque fácilmente llegamos a ver los defectos de aquellos con quienes vivimos muy unidos, el frecuentar a Dios, por el contrario, hace cada vez más grande, cada día, el respeto hacia Él; todos los que se aproximan a Él están obligados a admirar y a reconocer cada vez más la potencia, la sabiduría, la bondad, y gozando de sus dones, a amarlo y reverenciarlo más intensamente. Pero ya me parece que siento a muchos de vosotros, encendidos para recibir este Pan saludable, que me piden que les sugiera un horario fijo, que les de una regla precisa para nutrirse de la Eucaristía. No os la puedo dar. Esto es competencia de los Padres Espirituales de vuestras almas: ellos conocen mejor lo que es más conveniente para cada una de ellas. Pero les he indicado la regla universal del Beato Padre Ambrosio: que vivan de modo que puedan comulgar cada día. En efecto quien no está preparado para poder recibir diariamente este Santo Alimento, lo será todavía menos después de un año. Así se dice: Quien no lo es hoy, mañana lo será aún menos.

¿Cuál será la preparación digna de quien comulga en Pascua? ¿Meterse cada día en mil escándalos, envejecer en los pecados, adoptar malas costumbres, permitir que en nuestra alma se enraice fuertemente el demonio y lle-

que a ser sin obstáculos nuestro dueño? Por el contrario, quien se confiesa a menudo, quien comulga a menudo, tiene menos pecados y más rápidamente está bien dispuesto interiormente. S. Agustín nos aconseja que los laicos comulguen al menos cada semana, como se hacía en sus tiempos. Cuando recitáis el Padre Nuestro, Hijos, pedís que se os de el pan cotidiano; pedid al Señor este Pan, el que nutre vuestra alma. Cuando comencéis a recibirlo frecuentemente —lo se— no sentiréis inmediatamente los frutos inmensos que se derivan; pero debéis perseverar. También quien planta un árbol, lo riega y remueve la tierra entorno a él, no lo ve crecer de pronto y producir inmediatamente frutos. Hijos, hace falta paciencia y perseverancia.

Voy a acabar. Esto pido para vosotros, queridísimos, por la bondad de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Probad, experimentad! ¡Os lo ruego! Comenzad comulgando cada mes; después cada fiesta, y os daréis cuenta de qué cambio se produce en vosotros, cuando se transforme vuestra alma. ¡Gustad, gustad, abrid los labios, y experimentad qué suave y rico es el pan de Cristo! Lo que para la primitiva Iglesia era Cristo para nosotros es la Eucaristía; también su fuerza es la misma: recibiréis los mismos frutos. Pero no es suficiente recibir a Cristo: debéis conformar vuestra vida a Él. No es suficiente haber sido colmado con los dones del Espíritu Santo, si no se ponen a rendir fruto: «Por tanto si vivimos del Espíritu, caminemos también en el Espíritu» (Gal 5, 25). «Huid de las obras de la carne: la fornicación, la impureza, el libertinaje, la idolatría, las maldades, las enemistades, las discordias, las envidias, las disensiones, las facciones, las rivalidades, las borracheras, las orgías y cosas de este tipo» (Gal. 5, 19 ss.). Hijos, que el Señor os conceda abundar en el Espíritu, producir frutos del Espíritu: caridad, alegría, paz, paciencia, benignidad, bondad, magnanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Viviendo en el Espíritu, de forma que podáis caminar en el Espíritu. Que podáis ser colmados, por Su don, de la Gracia aquí en la tierra y de gloria en el Cielo. Amén.

AL PUEBLO DE ASCONA EN LA DIOCESIS DE COMO

**Homilía pronunciada durante la santa misa
el miércoles de la II domenica después
de Pentecostés
15 de Junio de 1583**

El motivo de nuestra venida entre vosotros, queridísimos hijos, es el realizar un piadoso Colegio y llevar a cabo la religiosa voluntad de aquel hombre que lo ha querido. Se añade también la razón de poder hacer de modo que la gente disfrute de los beneficios que Dios Nuestro Señor concede. He venido, enviado por el Santísimo Señor nuestro, el Papa Gregorio XIII, para decidir todo lo que se debe hacer e informar de cuánto sea oportuno a Su Santidad por carta.

Se añade además otro motivo más elevado: visitar todas estas regiones, por encargo del Santísimo Vicario de Jesucristo sobre la tierra; Él siendo Padre de todos, abraza a todos con un amor paternal de tal modo que envía a alguien a visitar a aquellos que Él no puede ver personalmente, dadas las múltiples tareas en las que está ocupado. A nosotros nos ha dado el encargo de una visita sistemática de estas tierras para proveer en ellas a todo lo que se refiere a la gloria de Dios y a la salvación de las almas. No podemos realizar todas estas tareas en la presente visita: he venido sobre todo por el primer motivo. Sabiendo sin embargo que tenemos un encargo preciso, no perdemos la ocasión de hacer algunas cosas que nos son posi-